

Cuando el ciervo está en el tercer año de su vida luce una nueva cornamenta: entonces se dice que lleva su *tercera cabeza*. Cada una de las ramas de ella presenta tres candiles y algunas veces cuatro. En el primer caso, que es el más común, tiene las *garcetas* sobre las *rosetas*, y las otras dos puntas ó candiles están situados en la parte superior del asta. Las *rosetas* son más grandes; el asta presenta una superficie granulosa, cuyos granos llevan el nombre de *perlas*. En algunas localidades el aspecto exterior de la cuerna es estriado, y toma más color. Las de ocho candiles las llevan sólo ciervos muy robustos cuando se crían con pastos abundantes y muy nutritivos á la vez.

La longitud de las astas, así como su grueso, varían

en razón de la raza, estado de robustez y los pastos de que se nutren las reses; pero, por término medio, se puede decir que una cornamenta correspondiente á la tercera cabeza tiene 45 á 50 centímetros de larga por 3 centímetros de gruesa.

Su paso mide 53 centímetros, ó, por lo menos, 50 centímetros de largo.

En cuanto á su huella, podemos fijar, por término medio, para la mano 8 centímetros de largo por 5 centímetros de ancho, y para el pie 6 centímetros y 5 milímetros de largo por 4 centímetros de ancho. Ya en un ciervo de seis y ocho candiles se observa que las uñas de los carnicoles son más romas, y que el pie se adelanta cada vez menos.



El ciervo en marzo

## CAPITULO II

### LA BRAMA ENTRE LOS VENADOS



A diosa Venus seño-  
rea á los ciervos en  
el seno de los bos-  
ques y florestas.

El período de la  
brama entre los ve-  
nados son esas cinco semanas en  
que los ciervos viejos se dedican

al amor con un apasionamiento tal, de que no es posi-  
ble formarse idea si no se ha llegado á presenciar.<sup>(1)</sup>

Tan pronto como llegan los primeros días de se-  
tiembre, salen los venados viejos de sus retiros, donde  
han permanecido desde que soltaron la borra de sus  
hermosas cornamentas, para ir en busca de las hem-  
bras, que con sus crías y con los venados jóvenes se  
hallan en los límites exteriores del monte, en los sitios  
que lindan con los campos, donde han permanecido  
parte de la primavera y todo el estío, disfrutando de  
los dones de la diosa Ceres, para llevarlas á los prados  
de los bosques á recoger los frutos de la añosa encina  
y del corpulento roble, á saborear las frescas hierbas  
que producen las primeras lluvias del otoño, ó los ro-  
cíos tan frecuentes en los terrenos cubiertos de vege-  
tación arbórea.

(1) *Ilustración Venatoria.*

En estos prados, tapizados de fresca y verde hierba,  
bordados de matas de tomillo y de florido brezo, sur-  
cados por rientes arroyuelos, prepara el venado viejo  
encantadora mansión para hacer menos dura la esclavitud á que piensa condenar á sus hembras durante  
breve pero rudo período. Todos los individuos del  
sexo fuerte de más de un año son objeto de su perse-  
cución, y los mantiene separados de las ciervas á res-  
petable distancia. ¡Desgraciado del que confía en que  
podrá burlar la vigilancia, porque se expone á sus iras,  
que traduce en mortales golpes!

De paso que hace alejar á todos los machos jóvenes,  
rodea á las hembras y procura arrastrarlas hacia el si-  
tio por él elegido de antemano, y si halla alguna resis-  
tencia se vuelve brusco y aun brutal, hasta conseguir  
ser obedecido. De esta manera conduce las hembras  
hasta el picadero, y las vigila para que no se desban-  
den y le burlen; pero al mismo tiempo ventea, y si da  
con el rastro de alguna otra cierva sale con los vientos  
bajos, siguiéndola hasta encontrarla, y la carea y la  
hace reunir con las demás. Así invierte el día y la no-  
che sin darse punto de reposo, sin pensar en comer y  
no teniendo más pensamiento que traer hembras para  
que la suma de sus placeres sea lo mayor posible; pues,  
toda vez que la naturaleza ha marcado tan corto espa-

cio de tiempo á sus amores, procura desquitarse amando mucho y muy de prisa, sin pensar en otras necesidades. Las repetidas carreras que le cuesta el acarreo de sus hembras, y el estado de irritación que le producen sus celos, exigen que se bañe con frecuencia. Por esta causa siempre busca para picadero los parajes en que hay aguas abundantes, ya sean corrientes, ya estancadas. El venado en el tiempo del celo es un sultán en medio de un magnífico serrallo.

Sea que sus celos le exciten, ó que el viento le traiga las emanaciones de algún congénere de iguales disposiciones que las suyas, ó bien que quiera hacer alarde de su posición bajo el punto de vista social, ello es que, así que llega la hora del crepúsculo, el venado lanza al aire los ecos de su potente voz, que repercuten en las concavidades de los montes y se extienden por la bóveda que forman las frondosas copas de los árboles, hasta herir en los oídos de algún semejante, que, menos afortunado que él, carece de propiedad, y trata de ganarla donde la encuentre, si no cuesta más que ganarla con el esfuerzo de su ánimo y las puntas de sus gacetas. Con no menor coraje del que usó el propietario del picadero, le responde lanzando á su vez un bramido que tiene los aires de un reto; y ha debido ser así, por cuanto su antagonista contesta seguidamente con mayor fuerza, y por su modulación parece ser inspirado por la ira según es de vibrante y comprimido. Á la aceptación del reto del mantenedor responde á menor distancia el aventurero, invitándole á la lucha. El venado que domina en el picadero se subleva ante la idea de que pueda existir algún ser que pretenda disputarle su propiedad; y, como tiene confianza en su poder, insulta á su contrario, que llega jadeante de ardientes deseos y de su precipitada carrera. Entre tanto que éste llega, aquél estrecha á sus ciervas en reducido círculo para que no le hagan traición alguna, pues no ignora que, como hembras, son adoradoras de lo nuevo, y mucho más cuando es fruto vedado.

Antes de salir á la palestra, el ciervo aventurero hace resonar su frémito, al que contesta su contrario poniéndose en medio de su camino y cerrándole el paso. Cual si dos peñascos arrojados por fuerte catapultas se encontrasen en medio de su trayecto, así se encuentran las cabezas de los dos encarnizados enemigos, que se encorvan bajo la fuerza de repulsión; pero, enderezándose súbitamente, forcejean por derribarse ó por hacerse salir de línea, y aprovechar cualquiera de los dos momentos á fin de introducir en el vientre de su contrario las aceradas puntas de sus gacetas. En esta disposición se hallaban dos enemigos: el uno con-

tando con su buen derecho y el otro con su buen deseo: sin embargo, el ciervo del picadero era más fuerte que el aventurero, á pesar del coraje que éste ponía para llevar la mejor parte de la contienda. Largo rato llevaban sin que ninguno cediera una pulgada de terreno; pero, más fogoso ó menos experto en esta clase de lances el aventurero, quiso arriesgarlo todo en un solo golpe: quiso retirarse para caer con nueva furia sobre su contrario, que, más diestro que él, se salió de línea, y le enganchó en el vientre, echándole á rodar mal herido. Éste quiso levantarse de nuevo, pero su contrario le atacó de frente en el momento en que no podía defenderse, clavándole las luchaderas en el pecho y garganta y derribándole de nuevo.

Viendo el vencedor que su enemigo no se movía, le abandonó para ir á mitigar su ardor en un próximo baño. Allí se revuelca en el agua cenagosa y goza de la frescura que el fango presta á sus irritados miembros: allí permanece tendido unos momentos para correr luego con nuevo frenesí detrás de las hembras más jóvenes, que desdennan su amor, tal vez porque durante la lucha han tenido ocasión de gustar las delicias amorosas que les ofrecía algún galanteador novel de los que, no atreviéndose á bramar por considerarse poco fuertes, no por eso dejan de estar junto al picadero para aprovechar la primera ocasión de burlar la vigilancia del que, á despecho suyo, se ha apoderado de todas las hembras en detrimento de sus derechos.

Toda la noche la pasa el venado viejo corriendo tras sus amores y bañándose, descuidando por completo su nutrición, hasta el punto que hemos visto ciervos que pesarían 16 arrobas antes de entrar en celo, y á las cinco semanas haber perdido más de ocho, quedando escuálidos y sin más que el pellejo cubriendo sus huesos. Por las mañanas vuelve á renovarse la brama: así que sale el lucero del alba, las luchas se repiten, y esto todos los días, próximamente á las mismas horas, pero con resultados muy diversos, según las fuerzas de los contrincantes.

Á medida que pasan los días, los ciervos que dominan en los picaderos van perdiendo sus fuerzas físicas á la par que pierden sus carnes. Así suele acontecer que, si á las tres semanas de haber bramado se les presenta un venado que, sin ser tan viejo como ellos, se siente con fuerza para emprender la lucha, les arranca los laureles de cien combates; y, si no pagan con su vida los entuertos que á otros hicieron antes, tienen que ocultar su vergüenza en lo más recóndito del bosque, donde lloran su impotencia contra un odiado rival



El momento crítico del ciervo, por Doré

que les ha robado su felicidad, condenándolos al mismo tiempo á una soledad forzosa, en la que disponen de bastante tiempo para considerar lo efímero que es todo lo de este mundo.

Así que un ciervo aventurero ha vencido al señor de aquellos lugares, presenta sus títulos de propiedad y toma posesión en el acto; lo cual le es tanto más fácil cuanto que es amo nuevo á quien todo el mundo procura servir con más solicitud que al vencido por ver si su yugo es más ligero que el de aquél. Pero, como



Los ciervos en abril

de ofrecer sus caricias y aceptar los galanteos de los jóvenes pretendientes, que á no estar momentáneamente ausente el sultán no osaran requerir de amores á sus damas.

## II

El período de la brama es, en la pacífica vida del bosque, un paréntesis en que sólo imperan todas las pasiones: entonces se desarrollan el amor, los celos, las venganzas, la envidia, la traición, y otras más, que convierten en demonios á seres que en el resto del año parecen de todo punto inofensivos.

se cree con tan buenos derechos como su antecesor, quiere disfrutar sus bienes sin dar participación, y de solícito galanteador se convierte en despótico sultán de aquel harem, cuyos individuos comprenden que, al variar de señor, no han cambiado en nada su manera de ser, ni aliviado su suerte.

Durante las luchas tratan las ciervas viejas de vengar algunos resentimientos que tienen de su señor por haberlas éste desdefiado dando la preferencia á las más jóvenes, y aprovechan la ocasión que se les presenta

Á fines de octubre, ó á más tardar á principios de noviembre, todo vuelve á su primitivo estado. Los venados viejos se ocultan en los parajes más espesos del bosque, y las ciervas, los cervatillos y todos los ciervos jóvenes forman agrupaciones por familias, hasta que llega la época del desmogue, en que los ciervos jóvenes se retiran á cuidarse la cabeza, pues en algunos ya desde fines de febrero empieza á crecer la nueva cornamenta.

Así permanecen en los sitios más claros del monte para no lastimarse los cuernos, que son muy tiernos mientras están en el período de crecimiento.

En cuanto empiezan los fuertes calores están todos reunidos de nuevo, menos los ciervos viejos, que continúan en su soledad hasta que llegan los primeros

días de setiembre, en que vuelven á repetirse las escenas del año precedente.

La época del celo en los venados se retrasa ó adelanta según las localidades y según se presenta el invierno. Si el frío se adelanta, se adelanta el celo; si aquél se atrasa, éste es más tardío. En las noches y madrugadas frías, los ciervos braman con más fuerza y frecuencia que en las templadas.

Las luchas del amor entre los venados son terribles, y su afán es desalojar á su contrario del picadero.

Su contrario no había tal vez gozado las delicias del amor, y por esto no se mostró más enérgico en la defensa; pero él, que ya ha entrado en el templo de la diosa de la isla de Citeres; él, que ha disfrutado las caricias de sus odaliscas; no puede ceder el campo tras una más ó menos disputada lucha; no cabe esquivar todo trance y marchar á llorar su derrota en la más espesa maraña del bosque; no es preciso vencer á toda costa ó perecer en la defensa.

En estas luchas, si se verifican después que el venado lleva algunos días con las hembras, suele llevar la peor parte, porque se halla extenuado por el abuso del placer y por la falta de alimento, que descuida en tiempo de la brama para dedicarse por completo á su pasión. Entonces termina pereciendo al empuje de su contrario, que está en la plenitud de su pujanza. Pero si el venado está en fuerzas vence á su enemigo, quien paga su osadía con su existencia.

En estas luchas acontecen casos muy raros: sucede á veces que ambos contrincantes pierden la vida, sobre todo si es en país montañoso, por caer derrumbados en algún precipicio, ó por otras causas. He tenido el gusto de ver en el palacio de caza de Moritzburg, del Rey de Sajonia, dos cuernas entrelazadas en la lucha, que todos los esfuerzos humanos han sido insuficientes á desenredar. Indudablemente, los venados que las ostentaban, no pudiendo desasirse, perecieron de hambre, por ser imposible tomar alimento según la posición en que quedaron sus cabezas.

Tan luego como el venado se ha deshecho de su importuno enemigo, regresa á sus hembras y las conduce cerca del bañil, donde se introduce para refrescarse. Al salir de él se echa para descansar, y no permite que ellas se alejen más de treinta pasos del sitio que él ocupa. Pocos instantes dedica al reposo. Así que siente reparadas sus fuerzas, va nuevamente en busca de nuevos placeres en su inagotable sed de amor. Durante la brama, el alimento que toma un ciervo es casi nulo; y, por esta falta de nutrición y sobra de amor, por el desarrollo de la pasión de los celos, la zozobra

y su continuo correr tras las hembras, queda el pobre animal en un estado lastimoso: su cuello se desarrolla de un modo extraordinario por su continuo bramar todas las noches y por las madrugadas. He tenido ocasión de observar venados que, al tiempo de entrar en celo, á primeros de octubre, pesarían de 16 á 18 arrobas, y cuatro semanas después apenas tendrían 9. Esta diferencia se fué conjugando el verbo amar.

El celo en los venados dura unas cinco á seis semanas. Después que ha pasado la brama, abandonan los bramaderos generales y regresan á sus respectivos territorios, donde permanecen el resto del año agrupados los individuos de todos los sexos y edades, menos los venados capitales, que permanecen solos en lo más espeso del monte.

Al término de cuarenta semanas, pare la cierva un cervatillo ó una cervatilla: raros son los casos en que da dos á luz.

Así como el ciervo tiene su brama, el gamo tiene la ronca; pero no acude á los bramaderos generales, ni lucha con el encarnizamiento que el venado. El celo del gamo es más tardío que el del ciervo; en general, comienza de tres á cuatro semanas más tarde que el de éste. A las treinta y tres semanas, la gama pare un gamezno.

El celo del corzo entra en el mes de julio y dura hasta fin de agosto. Este individuo no es polígamo como sus congéneres. Se une á la hembra que elige, y permanece con ella hasta que pare dos corcillos á las cuarenta y una semanas de haber quedado cubierta. No obstante, en años abundantes de pasto, y en los inviernos no muy fríos, sucede que algunos corcillos se adelantan y se encelan por diciembre, dando lugar á lo que se llama *falso celo*, que sólo se verifica en el corzo. Esta circunstancia, unida á la especial de la corza, que retiene el embrión hasta diciembre, en que, después de cinco meses de fecundado, pasa al útero, hizo creer que la corza iba preñada cinco meses, y que el celo tenía lugar en invierno y no en verano, que es cuando aparece el verdadero, por cuya causa se verifica el fenómeno de que un animal menor que la cierva y la gama esté preñada por espacio de un período más largo.

Durante el mes de agosto tienen lugar también sus luchas entre los corzos, luchas que son con frecuencia encarnizadas y terminan algunas veces por episodios sangrientos.

Uno de mis buenos amigos, el Conde de C., parisiense *pur sang*, sufrió un grave accidente á consecuencia de una de estas luchas entre venados. Montado en brioso